

una reflexión sobre la importancia de la filosofía en la cultura de las élites intelectuales y su influencia en el tono general de la cultura de un tiempo determinado. No en vano los autores elegidos forman parte de los dos elementos más influyentes en la historia del s. XX: la ciencia y la literatura.

Einstein y Schrödinger son herederos de la tradición filosófica alemana del s. XIX que oscila entre el panteísmo y el ateísmo. Sorprende el esfuerzo intelectual, casi podríamos decir filosófico, de ambos y la profunda desconexión de este trabajo con los temas científicos que los encumbraron en la investigación científica. Son, en verdad, paradigmas de una cultura escindida, casi esquizofrénica, que no encuentra equilibrio ni armonía entre los diversos elementos que componen la vida humana. Borges y Paz, por su parte, son dos literatos extraordinarios que tuvieron la posibilidad de conocer en directo las culturas y religiones de la India y del extremo oriente. Lo que sorprende en ellos es que su oposición al cristianismo no conduce a ningún sitio; en último término no pueden prescindir de lo que el cristianismo les ha concedido a pesar de su pretendida repulsa. En definitiva, una breve lectura estupendamente escrita y repleta de sabrosas lecciones.

Enrique Moros

Urbano FERRER, *¿Qué significa ser persona?*, Ed. Palabra («Serie Pensamiento», 21), Madrid 2002, 288 pp., 13 x 21, ISBN 84-8239-676-5.

La cuestión de la persona humana ocupa un lugar central en la reflexión filosófica. Los planteamientos clásicos ofrecen sin duda una base metafísica,

pero al parecer se muestran poco eficaces para asumir el giro hacia la conciencia de la Modernidad. Aclarar la historia de la noción moderna de persona, así como ofrecer una coherente propuesta antropológica y ética sobre la persona humana es el objetivo fundamental de estas páginas. El autor es uno de los mejores conocedores en nuestro país de la tradición fenomenológica, a la que ha dedicado numerosas publicaciones de alto calado especulativo.

El libro está dividido en dos partes. En la primera de ellas se abordan diversas incursiones conceptuales a la noción de persona. En el primer capítulo se aborda la aproximación fenomenológica: partiendo del sujeto trascendental kantiano (vacío y formal) y pasando por el yo autoconsciente de la fenomenología de Husserl y Max Scheler, hasta llegar a la propuesta de persona que entronca con la tradición fenomenológica (Edith Stein) en la que el «sí mismo» se presenta como el presupuesto necesario del yo consciente. En el segundo capítulo de esta parte se apunta el tratamiento desde algunos presupuestos de la filosofía social, como son el sentido y la dialogicidad. El hilo del discurso atraviesa la doctrina de autores como Max Weber, A. Schutz, G.H. Mead, H.G. Gadamer o J. Habermas. El tercer capítulo aborda en directo la cuestión de la identidad de la persona; siguiendo los finos análisis de autores como Ch. Taylor, se concluye que la persona configura su identidad a través de diversos marcos referenciales.

En la segunda parte se aborda la persona humana desde el plano ontológico-moral, puesto que «la no transparencia que es constitutiva de la persona hace necesario un método adecuado que termina por ser ontológico. Pues no estamos ante un fenómeno que po-

damos inspeccionar y recorrer por sus distintas caras, sino que lo más que la Fenomenología nos ofrece son distintos signos o huellas inesquivables, que hemos de traspasar para columbrar a su través una realidad personal que acontece» (p. 167). En el primer capítulo de esta segunda parte se enumeran las notas del ser personal: la corporalidad, la futurición, el tener (tanto el habitar humano, como la posesión inmanente) y la relación (frente a la fusión y exclusión mutua características de los cuerpos físicos). Con todo, la «incomunicabilidad en sí misma junto a la apertura a lo que no es ella son las dos notas ontológicas que más señaladamente delatan a la persona» (p. 174). En este contexto se analiza la noción boeciana de persona, junto a las correcciones que Santo Tomás propone a la misma. Desde estos presupuestos de índole ontológica es posible acceder (en el segundo capítulo) al análisis de las distintas formas de relación interpersonal (desde los niveles más elementales de relación intencional hasta las formaciones comunitarias pasando por la comunidad familiar). Para terminar, el tercer capítulo de esta segunda parte se centra en la persona como realidad moral a través de dos hechos específicamente humanos: la responsabilidad y la promesa. Se concluye este capítulo con el tratamiento de la dignidad personal a nivel ontológico y moral, aspectos que se coimplican necesariamente, puesto que «adquirir dignidad moral sólo es viable en quien posee ya la dignidad ontológica definida que le posibilite adquirirla» (p. 264).

Con la breve síntesis apenas apuntada es fácil advertir la densidad filosófica de estas páginas que serán leídas con gran aprovechamiento por un público especializado y familiarizado con los problemas antropológicos abordados

desde una perspectiva fenomenológica. Sin duda una obra que enriquece el carácter especulativo de esta colección centrada en el pensamiento personalista contemporáneo.

José A. García Cuadrado

Manuel GARCÍA MORENTE, *La Filosofía de Kant. Una introducción a la filosofía*, Ediciones Cristiandad («Pensamiento y Teología»), Madrid 2004, 254 pp., 13 x 20, ISBN 84-7057-484-1.

El 12 de febrero de 1804 fallecía en Königsberg, la ciudad que también le había visto nacer, Inmanuel Kant. Varios y diversos han sido los gestos que con motivo de este bicentenario se han sucedido en nuestro país, pero acaso pocos pasarán tan escondidos y a la vez tendrán un influjo tan prometedor y hondo como la reedición con la que aquí nos encontramos. No exagera Juan Miguel Palacios cuando, presentando la obra, escribe de ella que es un libro excepcional. Y lo es, en efecto, a mi entender, al menos por tres motivos: el tema del libro, su autor y el significado mismo de la obra.

La doctrina filosófica que Kant legó al mundo hace doscientos años está llamada a ser, con independencia de que se esté de acuerdo con ella o no, un punto de referencia obligado para todas las futuras generaciones de filósofos. Se encuentran en ella no pocos vanos y puntos que con toda evidencia se han de rechazar, pero tanto por su ambiciosa profundidad como por su pulcro rigor resulta indiscutible la calidad filosófica del discurso de este «coloso de acero y bronce», en expresión de Scheler —gran admirador y a la vez implacable crítico de Kant—. Por otra parte, Kant ha configurado, quiérase o no, el